

y eficacia, que convirtió á la mayor parte. Entre otros de los convertidos, lo fueron los dos hermanos Primo y Feliciano, los cuales convencidos por las palabras de Caprasio, declararon que el Dios de los cristianos era el verdadero Dios, y en seguida se hicieron bautizar. Daciano, informado de su conversion, puso en práctica cuanto pudo discurrir su impiedad para hacerles renunciar la nueva religion, y hasta les hizo conducir á un templo para que sacrificasen á sus dioses; más resistiendo heroicamente los dos santos hermanos, fueron condenados á ser decapitados con santa Fé y S. Caprasio, y con algunos mas de los recién convertidos. Los cristianos de la ciudad recogieron con diligencia los cuerpos de todos estos mártires, y los enterraron en lugar poco frecuentado. Cuando fué restituida la paz á la Iglesia, el obispo de Agen llamado Dulcideo, prelado de gran virtud, mandó fabricar una iglesia en honor de santa Fé, á donde hizo transportar los venerandos restos de todos los referidos Santos; pero con el progreso del tiempo el cuerpo de la Santa fué llevado á la abadía de Concha, que tomó despues el nombre de la misma. El martirologio coloca su fiesta al seis de octubre. Su culto se halla muy difundido en la iglesia de Francia.

§ LIX.

En este capitulo se describen varias Victorias de algunos santos Mártires, cuya historia se da reunida por su brevedad y amena narracion.

I. DE S. GENESIO.

1. El martirio de S. Genesio, á lo que se cree, tuvo

lugar en Roma, por los años 285 al principio del imperio de Diocleciano, segun se deduce de monumentos auténticos, citados por Ruinart. S. Genesio era comediante, y muy enemigo de los cristianos, sin que mitigase este ódio ni el mismo parentesco, de modo que, habiéndose procurado informar de las ceremonias con que la Iglesia administra el bautismo, quiso en cierta ocasion dar gusto al emperador y al pueblo romano, poniendo en ridículo, en las tablas, tan santo sacramento.

2. Imitando pues un día á un enfermo que pedia ser bautizado, hizo comparecer en la escena á un fingido sacerdote, el cual lo bautizó remedando las ceremonias de costumbre. Pero, oh prodigio! en aquel punto se sintió Genesio iluminado de la gracia. Al acercarsele pues el sacerdote fingido, y al preguntarle, sentado á su lado: — Hijo mio, ¿porqué me has llamado? — Le contestó, no ya fingidamente, sino de todas veras: — Deseo recibir la gracia de Jesucristo, para quedar purificado de los pecados que me oprimen. — Siguiéronse despues las demas prácticas del rito cristiano, y concluida la funcion, confesó seria y formalmente que habia entendido recibir de todas veras el Sacramento del bautismo, añadiendo que en el fervor de su afecto, y mientras sucedia aquel santo misterio vió bajar un ángel del cielo rodeado de luz, con un libro en la mano, en donde estaban escritos todos sus pecados, y que al suministrarle el sacerdote el agua del sacramento, sumergió en ella el libro, mostrándosele despues enteramente blanco y nítido.

3. El mismo dia, al salir Genesio de la escena, se vistió de blanco, como solian practicar los recién bautizados, lo cual dió motivo á que se diese entero crédito

á que no seguia mofándose de los cristianos, por cuya razon fué detenido por los soldados y presentado al emperador. Cuando el Santo estuvo en presencia del príncipe, esplicó largamente cuanto le habia sucedido, así como la vision que habia tenido en el acto de ser bautizado, y protestó que creía firmemente, como todos los cristianos creen, que Jesucristo es el verdadero Dios, de quien únicamente puede esperarse la salud. Admirado, al par que enfurecido Diocleciano, le mandó dar de palos y lo envió á Plauciano, prefecto del pretorio, para que lo obligase con tormentos á renunciar á la religion cristiana.

4. Mandó Plauciano que lo estendiesen en el ecúleo, en donde fué atormentado con garfios de hierro, y quemado con hachas encendidas, en cuyos padecimientos repetía: — No hay mas rey que Jesucristo: á este es á quien adoro, aunque me hicieseis sufrir mil muertes. Todos los tormentos no podrán arrancarme jamás á Jesucristo del corazon y de los labios. Mi único dolor es de haber perseguido su santo nombre, y de haberlo adorado tan tarde. — Al fin fué mandado descoyuntar por el tirano, y á poco pasó su alma á recibir el merecido premio de la gloria.

II. DE S. HIPÓLITO.

1. San Hipólito fué uno de aquellos cinco sacerdotes de la iglesia romana que abrazaron el cisma de Novaciano, el cual sustrayéndose de la obediencia del papa S. Cornelio, tuvo el atrevimiento de hacerse consagrar furtivamente obispo de Roma. El señor no obstante le hizo la gracia de que pudiese purgar tan gran pecado con el

martirio que sufrió en 250, cuando la persecucion de Decio. Encarcelado en dicha ocasion, el prefecto de Roma que debia purgarlo, hallándose en Ostia ó quizas en Porto, mandó se le presentasen allí todos los cristianos que estaban presos. Hallábase Hipólito entre los tales, y caminando para el lugar citado preguntáronle los demas, quien era el verdadero papa, á lo cual les contestó arrepentido, que detestasen las falsas doctrinas de Novaciano, abandonando el cisma y volviendo á la iglesia católica los que se hubiesen separado de ella por aquel impío, pues conocia ahora la gravedad de sus errores.

2. En Ostia fué presentado al prefecto, quien, despues de haber mandado atormentar á muchos cristianos, ordenó que fuesen todos muertos. Volviéndose á Hipólito, por habersele advertido que era gefe de cristianos, le preguntó su nombre, y habiéndole contestado el Santo que se llamaba Hipólito: — Muera, pues, dijo, como murió Hipólito, arrastrado á la cola de los caballos; — aludiendo al héroe fabuloso de quien fingieron los poetas que habiendo caido de su carro y enredándose en las riendas de un caballo, fué arrastrado por ellos y despedazado. Buscaron los ministros dos caballos sin domar y despues de aparejados les pusieron una larga cuerda, á cuyo extremo ataron al santo mártir por los pies, haciéndolos escapar en seguida con gritos y latigazos. Las últimas palabras que se le oyeron pronunciar al Santo fueron las siguientes: « Señor, sea despedazado mi cuerpo, con tal que se salve mi pobre alma. » Echaron los caballos á correr por sendas sembradas de piedras y arbustos, quedando el tránsito regado de sangre y sembrado de los miembros

del Santo, los cuales recogieron los fieles con diligencia, y hasta con esponjas hicieron otro tanto con la sangre. Escribe Prudencio que las reliquias del Santo fueron despues llevadas á Roma en donde fueron muy veneradas.

III. DE S. SINFORIANO

1. Fué este Santo hijo de Autun del reino de Francia. Tuvo por padre á Fausto el cual era muy buen cristiano, y ayudado de la esmerada educacion que le dió este y sobre todo de la divina gracia, adelantó tanto en el camino de la perfeccion, que llegó á conciliarse el aprecio de todos los fieles. En torno de la ciudad de Autun habia muchos idólatras, y cada año celebraban una fiesta en honor de Cibeles, á quien llamaban la madre de los dioses, conduciendo la estátua de la diosa en procesion sobre un magnífico carro. Hallándose S. Sinforiano en cierta ocasion en paraje por donde acertó á pasar aquel simulacro, habló en desprecio del ídolo y al punto fué arrestado por los circunstantes, y presentado á Eraclio, gobernador de la ciudad, que casualmente se esmeraba en descubrir á los cristianos, para hacerles renunciar á Jesucristo y sacrificar á los dioses.

2. Preguntóle aquella autoridad, porque se habia atrevido á escandalizar al pueblo, negando su veneracion á la diosa Cibeles, á lo cual contestó Sinforiano: — Soy cristiano y como á tal solo venero y adoro al verdadero Dios que reina en el cielo, y no á los simulacros del demonio. — Preguntó entonces el gobernador, si aquel hombre era de la ciudad, y habiéndosele dicho que sí, y que pertenecia á una muy noble familia, dirigiéndole

la palabra, le dijo: — ¿Creeis, pues, que vuestro nacimiento os dé derecho para que podais cometer tales escesos de temeridad y desobediencia? — Y ordenó que se le leyese el edicto de Marco Aurelio, por el cual se ordenaba, que se obligase con tormento á sacrificar á los dioses, á quien quiera que lo reusase; y en seguida continuó diciéndole: — Acabais de oir el decreto y de convenceros por consiguiente, que sois reo de dos delitos, de sacrilegio con respecto á los dioses, y de desobediencia acerca de las leyes; tratad pues de obedecer, ó sereis castigado con la muerte. — Sinforiano le contestó sin vacilar: — Aquel Dios á quien adoro, tan liberal como es en premiar, tan riguroso es en castigar, y yo no podria jamás hacerme digno de la eterna felicidad, si no perseverase en la fé, quedando sujeto á una eterna condenacion si renunciase á ella.

3. Indignado el juez por esta respuesta, mandólo azotar con varas, y le hizo en seguida conducir á la cárcel. Pasados algunos dias llamólo Eraclio de nuevo, y le dijo: que si se resolvía á adorar los dioses de los Romanos, le procuraria ventajosa posicion, y distinguidos honores, creyendo adelantar mas con las promesas que con el castigo, para lograr su prevaricacion; pero el Santo despreciando sus pomposos ofrecimientos, le dijo: — Mucho envilece un juez su alta dignidad, cuando prueba tentar la inocencia. Nada puede amedrentarme, pues que tarde ó temprano sé que he de morir; pero debo añadir, que yo no aguardo mas bienes ni recompensas, que los que me están prometidos por Jesucristo, porque son inmensos y eternos, cuando los que vosotros podeis dar son semejantes al hielo que se licuan ó deshacen al herirles el primer rayo del sol.

Ningun dios, á escepcion del nuestro, puede darnos una felicidad duradera : el nuestro es el que parte con nosotros su misma gloria, y el que así como no ha tenido principio, tampoco tendrá fin.

4. Eraclio con airado ceño, á falta de convincentes razones para contradecirle, le habló así : — Ea, basta, que abusas de mi paciencia : ó sacrifica á Cibeles ó prepárate á morir despues que haya apurado en tí todos los tormentos. — Despreciando el Santo sus vanos alardes le contestó con intrepidez : — Yo no temo mas que á mi Dios omnipotente : si mi cuerpo está en vuestro poder, todas vuestras crueldades nada podrán con mi alma ; — y en seguida empezó á impugnar la falsedad de las creencias paganas con tanta destreza y fuerza de raciocinio, que temiendio Eraclio no pervirtiese á los idólatras que le escuchaban con admiracion, ordenó que al punto fuese decapitado. Mientras caminaba el Santo para el suplicio, salióle al encuentro su madre, la cual, procurando fortalecerle en la fé, iba en su seguimiento gritándole con santo entusiasmo. — Hijo mio, ten presente á nuestro Dios y Señor, sin que te haga vacilar la dichosa muerte que te lleva á gozar de una vida eterna. Alza al cielo los ojos, y contempla á tu Señor, que te dispone un asiento en su gloria. No pierdes hoy la vida, sino que la conmutas por otra mucho mas alta y dichosa. — Y de este modo cumplió S. Sinforiano felizmente su glorioso martirio. Ruinart refiere las actas de este santo mártir.

IV. DE LOS SANTOS BONOSO Y MAXIMILIANO.

1. Reinaba Juliano el apóstata y el impío, por los años 561, y tenia por principal ministro de sus impie-

dades á Juliano, tío suyo materno, que habia tambien apostatado de la religion cristiana, solo para congraciarse con él. A este pues, cuando estaba en Antioquía, fueron acusados Bonoso y Maximiliano, los cuales siendo oficiales del ejército conservaban la señal de la cruz y el santo nombre de Jesucristo en sus estandartes, siendo así que habia ordenado el emperador, que solo se pudiesen llevar en ellos figuras de los ídolos ; por lo que les mandó llamar y les mandó que mudasen aquellos emblemas y venerasen á los dioses del imperio. Contestaron los dos santos resueltamente que no podian hacer ni lo uno ni lo otro. Enfurecido Juliano por tal contestacion, mandó primero atar á Bonoso y le hizo azotar cruelmente con azotes armados de plomos. Mientras le iban azotando, Juliano le dirigia varias preguntas, á las cuales por mucho tiempo dejó el Santo de contestar, hasta que finalmente le dijo : — Nosotros adoramos al verdadero Dios, y no sabemos quienes son esos dioses que adorais vosotros.

2. Dirigiéndose el tirano á Maximiliano le dió las mismas órdenes, mas este le respondió. — Si quereis que adoremos á vuestros dioses, haced primero que den alguna muestra de su poder, ó á lo menos que veamos que son capaces de oir y de hablar, porque nadie podrá resolverse á adorar unos dioses que son sordos y mudos. — Enfurecido el tirano, ordenó que los dos santos fuesen atormentados en el ecúleo, y viendo que no daban muestras de estar padeciendo, sino que cada vez se manifestaban mas alegres y tranquilos, los mandó meter dentro de una caldera de pez hirviendo, pero salieron de ella sin la menor lesion, no quedándoles mas que algunas leves señales como para atestiguar que habian

pasado por aquel martirio. Aunque los idólatras atribuyeron estos prodigios á la mágia, como solian, el prefecto del Pretorio llamados Secundo Salustio, quiso presenciar y ver por sus ojos semejante prodigio, y halló á los santos sumergidos dentro de la caldera, los cuales lejos de dar el menor indicio de dolor, se complacian en cantar alabanzas al Señor, y tan serenos como si estuviesen en un baño de agua fresca; por lo que lleno de admiracion, dijo á Juliano, que era necesario hacer igual prueba con los sacerdotes de sus dioses, porque si aquel milagro era obra del demonio, debian sus dioses defender por su propio honor á sus sacerdotes, del mismo modo que el Dios de los cristianos defendia á sus servidores. No atreviéndose Juliano á contradecir, puso los sacerdotes de sus dioses á disposicion del prefecto, el cual habiéndolos mandado zambullir en la caldera, quedaron abrasados en el instante.

5. El tirano dió orden á los carceleros que no diesen mayor cantidad de pan á nuestros Santos que el que estaba diseñado con cierta figura idolátrica, pero los santos mártires le dijeron que preferian morir mas pronto, á deber su alimento á aquel pan. En semejante coyuntura llegó el conde Ormísa, hermano del rey de Sapore, que se hallaba retirado de su patria en el imperio romano, desde que habian imperado Constantino y Constancio: el cual siendo muy buen cristiano, quiso visitar á nuestros santos, llevado de su mucha devocion. Incomodado Juliano de semejante visita, intimó á los santos que si no abandonaban la fé serian espuestos á las fieras, pero contestóle Bonoso: — Nuestro Dios está con nosotros y no tememos ni á los hombres ni á las fieras. — Contestóles Juliano que los haria arrojar den-

tro de un horno encendido. Entonces los cristianos que se hallaban presentes, le dijeron con entusiasmo, que tambien ellos querian acompañar á los dos santos en el martirio, pero temiendo Juliano no sucediese algun tumulto, dejó á Salustio que tomase á su cargo continuar el tormento de los mártires, mas negóse Salustio á cumplir aquel encargo, y acercándose á Bonoso le pidió que rogase á Dios por él.

4. Por último Juliano condenó á los Santos á ser degollados con otros varios cristianos que gemian en las cárceles. Todos caminaron al suplicio con alegría y como en triunfo, siendo uno de aquellos gloriosos mártires, S. Melecio, obispo de Antioquia, regocijándose con los demas por su feliz tránsito á los cielos. A los tres dias de la ejecucion fué atacado Juliano de una horrible enfermedad, que le infestó las entrañas de tal modo, que de continuo vomitaba un sinnúmero de gusanos; y en medio de tan acerbísimos dolores, murió sin arrepentimiento y desesperadamente, á pesar que reconoció que todo era efecto de la divina venganza por su crueldad contra los cristianos. Ruinart trae tambien las actas de estos Santos.

V. DE S. LIBERATO Y COMPAÑEROS.

1. Imperando en el Africa Unerico, sucesor de Genserico, que ejercia encarnizada persecucion contra los cristianos católicos, espidió un decreto á sujecion de los obispos arrianos, por los años de 485, por el cual se confinaba á los ministros católicos á paises remotísimos, sin concederles mas alimentos que parte del pienso de cebada que se solia dar á los caballos, de la cual fueron

últimamente privados. En aquella ocasion fueron encarcelados siete religiosos de un santo monasterio, esto es: *Liberato*, que era el abad, *Bonifacio*, diácono, *Severo* y *Rústico*, subdiáconos, y *Rogato*, *Séptimo* y *Máximo*, simples monges.

2. En un principio se les hicieron grandes promesas de riquezas y dignidades, y hasta les ofrecian la amistad y gracia del príncipe, pero contestaron que no tenían necesidad de tales dones, añadiendo: — No conocemos mas que un solo Dios y una sola fé: haced de nosotros lo que querais, porque estamos dispuestos á sufrir todas las penas temporales por no esponernos á sufrir las eternas. — Despues de esta protesta fueron conducidos á un encierro con órden á los carceleros de maltratarlos de modo que se confesasen rendidos; mas los cristianos de Cartago, sobornando los guardias, los visitaban para consolarles y socorrerles. Informado Unerico de esto, dispuso que fuesen mas estrechamente custodiados y que nadie penetrase en su encierro; pero viendo cuanta era su constancia en sufrir con resignacion, ordenó á manera de bárbaro, que se llenase una barca de leña seca y que metidos en ella, atados de pies y manos, se le prendiese fuego en alta mar. Al caminar al suplicio exhortaban todavía á los fieles á permanecer firmes en la fé, añadiendo que aquel dia, que era el de su muerte, era por lo mismo el dia de su salud eterna. Los soldados que los conducian procuraban seducir á Máximo que era el mas jóven, amonestándole á que no quisiese seguir aquellos locos, sino que se quedase en la corte en donde haria una vida feliz; pero Máximo les contestó con entereza: — De ningun modo podria separarme de mis compañeros y hermanos con quienes es mi

voluntad sufrir el martirio. No permitirá Dios que ninguno de nosotros se separe de sus compañeros.

3. Habiendo entrado en la barca fueron atados todos sobre la leña á la cual se puso fuego, pero por sí mismo se apagó este, sucediendo lo mismo cada vez que los soldados volvieron á encenderla. Ensoberbecido el tirano y lleno de ira, al presenciar aquel milagro, mandó que les machacasen la cabeza á golpes de remo. Arroja- dos despues al mar los cuerpos de los santos mártires, las mismas ondas los condujeron á la playa, y los fieles y el clero de Cartago los enterraron con mucha devocion. La Iglesia celebra la memoria de estos gloriosos Santos el dia 17 de agosto.

VI. DE SANTA SERAPIA VÍRGEN Y DE SANTA SABINA VIUDA.

1. Era santa Serapia una niña de Antioquía que á causa de la persecucion ejercida en aquel país habia venido con sus cristianos padres á Italia. Muertos estos, fué Serapia solicitada para casarse por muchos y principales caballeros romanos, á causa de su rara belleza; pero ella, que habia resuelto no tener mas esposo que Jesucristo, rehusó todos los partidos, prefiriendo ponerse á servir á una dama romana llamada Sabina que habia quedado viuda. Era pagana esta señora, pero al cabo de dos meses habia Serapia sabido ganar de tal modo su voluntad, y dominar en su corazon, y de tal modo obra- ba influida por el espíritu divino, que consiguió convertirla, y la persuadió á retirarse del tumulto de Roma, pasando á una de sus posesiones en Umbría

2. Condescendió Sabina, partiendo acompañada no solo de Serapia, sino de otras jóvenes cristianas que